

Una historia de la filosofía

76 Positivismo lógico

Por el Dr. Arthur Holmes de Wheaton College

El cientificismo, de figuras como Kant y Mill, que buscaban universalizar el uso del método científico, el método deductivo hipotético, esa especie de extensión universal del modo científico de explicación, fue retomado por Bertrand Russell y desarrollado con mucha más tecnicidad con su atomismo lógico, que, como habrán notado, parecía presuponer también una metafísica atomista. Veremos cómo esto entra en juego en la discusión de hoy. Y luego fue retomado por Wittgenstein en su *Tractatus*, en líneas muy similares.

Ahora bien, el positivismo lógico continúa con el énfasis positivista del siglo XIX. En el siglo XIX, Kant acuñó ese término para su tercera etapa positiva, donde se trabaja con datos empíricos objetivos de tipo científico y se busca formular generalizaciones empíricas con poder explicativo. Así pues, al continuar con el énfasis positivista en los datos empíricos objetivos y el tema de la unidad positivista de la ciencia, se añadió el adjetivo lógico, positivismo lógico, para enfatizar la influencia del énfasis de Russell en el uso lógico, la forma lógica del lenguaje.

Así pues, el positivismo lógico del siglo XX tiene sus raíces en figuras como Kant, Mill y Mark. Existió, mejor dicho, un círculo vienés de positivistas lógicos, que se desarrolló en las décadas de 1910 y 1920, y que moldeó el desarrollo continental de este movimiento. El desarrollo inglés fue una especie de derivación del círculo vienés, pero posteriormente fue popularizado por A. J. Ayer en su obra "Lenguaje, verdad y lógica".

Dentro del Círculo de Viena, encontramos a personas como Moritz Schlick y Rudolf Carnap. Estos nombres se mencionan en la literatura y la principal importancia del Círculo de Viena, en el que, por cierto, participó Wittgenstein tras abandonar Oxford y regresar a Austria. Pero la importancia del Círculo de Viena reside en su desarrollo inicial del movimiento, desde un empirismo bastante ingenuo hacia uno que reconocía que si distinguimos entre sentido, datos y objetos materiales, tendemos hacia una epistemología fenomenalista.

Y uno que reconoció que no siempre podemos tener una verificación empírica directa de una afirmación aparentemente empírica; a veces tiene que ser indirecta y a través de las implicaciones lógicas de esa afirmación en conjunción con otras afirmaciones. Pero el Círculo de Viena sentó las bases. Ahora bien, tanto en el Círculo de Viena como en A. J. Ayer, la base, la base crucial, lo que le dio su impacto distintivo, y cuya desaparición condujo a la desaparición del positivismo lógico.

La distinción residía en su teoría de la verificabilidad del significado. Ahora bien, permítanme enfatizar que no es una teoría sobre cómo se determina la verdad; no es una teoría de la verdad, aunque se use el término verificabilidad. Tiene que ver con el significado del lenguaje ; es una teoría sobre el lenguaje.

Y pueden comprender la teoría, de forma bastante sencilla, si observan este diagrama, donde el lenguaje tiene básicamente dos usos: cognitivo y no cognitivo. Hay todo tipo de expresiones no cognitivas: exclamaciones emocionales, preguntas, gritos y afirmaciones expresivas. Por otro lado, las afirmaciones cognitivas, sí, las cognitivas generan afirmaciones de dos tipos: sintéticas y analíticas, lo que parece un regreso a David Hume.

Los enunciados sintéticos son factuales, cuestiones de hecho, que cabría esperar que fueran susceptibles de verificación empírica. Por su parte, los enunciados analíticos, en los que el predicado está lógicamente contenido en el sujeto, tienen un significado simplemente formal, en el sentido de que simplemente se refieren al uso lógico del sujeto y del predicado. En este último caso, existen definiciones, tautologías y, dependiendo del positivista lógico, probablemente enunciados matemáticos.

Pero, básicamente, cualquier enunciado que tenga la forma lógica de las leyes del pensamiento — A es igual a A , A no es no- A —, por lo que se incluye una definición, una tautología. Y si se sostiene que los enunciados matemáticos son analíticos y no empíricos, como pensaba Mill, también se incluyen. Ahora bien, la teoría de la verificabilidad es una teoría sobre el significado de los enunciados fácticos.

Aquí es donde se centra. Y la teoría la enuncia, por ejemplo, Stumpf, cuando dice que el significado de una afirmación fáctica es el método de su verificación. El significado es el método de su verificación.

Esto quizás no sea muy esclarecedor, salvo que sí enfatiza la importancia de los procedimientos empíricos, los procedimientos de verificación empírica. Más específicamente, el significado de una afirmación empírica reside en su referencia, en su sentido, en su referencia a datos empíricos, ya sean datos empíricos realmente disponibles o posibles. Por lo tanto, el método de verificación es importante porque es necesario saber cómo referirse a los datos para poder determinar a qué tipo de datos se referiría una afirmación.

Así pues, el método de verificación es esencial para determinar la significatividad de una afirmación fáctica. Ahora empiezan a aparecer las distinciones que van más allá. De modo que, si leen el prefacio de esta segunda edición, el mío está más desgastado que el suyo, pero si leen el prefacio de esta segunda edición, descubrirán que Ayer distingue entre verificación directa e indirecta.

De modo que la afirmación «Veo una casa» es directamente verificable. Y, al ser directamente verificable, tiene un significado fáctico. No importa si es verdadera o falsa.

Su significado es tal que se podría, si se desea, pero eso se deja para los científicos ; se podría determinar la verdad o la falsedad, si se conoce el método de verificación. La preocupación del filósofo es simplemente determinar si se trata de una afirmación factualmente significativa. Y para eso, todo lo que se necesita saber es que existe un método de verificación posible.

Por otro lado, la verificación indirecta requiere otras premisas que implicarían afirmaciones directamente verificables que no son deducibles de una sola afirmación dada. Tomemos, por ejemplo, una afirmación como: «Esta llave está hecha de hierro». Esta llave está hecha de hierro.

Ahora veo una clave que sería directamente verificable. Pero que esta clave esté hecha de hierro requeriría, para fines de verificación, métodos para determinar de qué metal se trata. Por lo tanto, junto con estas premisas adicionales, podrían deducirse ciertas observaciones que podrían verificar indirectamente que esta clave está hecha de hierro.

Entonces, ¿verificación directa o indirecta? Carnap hizo mucho hincapié en la importancia de la verificación indirecta en las ciencias. Esa es una distinción.

En su primer capítulo, Ayer también distingue entre, en la práctica. Ahora bien, es verificable en la práctica que veo una habitación llena de rostros frente a mí. Pero solo es verificable en principio que los hongos crecen en la otra cara de la luna.

O que Cleopatra lució un vestido rojo en su 21.º cumpleaños. Es decir, si pudiéramos viajar al otro lado de la luna, sabríamos qué procedimientos de observación utilizar. Y si pudiéramos viajar en una máquina del tiempo a la época de Cleopatra y observarla en su 21.º cumpleaños, entonces podríamos verificar que lució un vestido rojo en su 21.º cumpleaños.

Esa afirmación es, entonces, verificable en principio. Como puede ver, el principio de verificabilidad permite admitir afirmaciones históricas, afirmaciones sobre el futuro, afirmaciones sobre lo que es tecnológicamente imposible, en la práctica imposible, pero en principio posible. Lo que rechaza es el tipo de afirmación que no es en absoluto susceptible de verificación empírica.

Es decir, enunciados metafísicos de una realidad en sí misma que Es distinta de toda apariencia. Y digo una realidad en sí misma, porque al leer el primer capítulo de Ayer sobre la eliminación de la metafísica, se empieza a ver que el tipo de metafísica que elimina es la de F. H. Bradley, donde Bradley, el hegeliano, distinguía entre la

realidad y sus diversos grados de apariencia. La realidad en sí misma no es empíricamente accesible.

Hablar de ello no es verificable empíricamente . Esa afirmación metafísica quedaría descartada. Pero las diversas apariencias son, por supuesto, empíricamente accesibles.

Así que no hay problema en hablar de apariencias. Pero la metafísica que se elimina es la que distingue entre la cosa en sí y la cosa a partir de ella: la realidad subyacente y el mundo de las apariencias.

Ahora bien, hay una tercera distinción, que hace en el primer capítulo, página 37. Una distinción entre verificación fuerte y verificación débil.

Una verificación sólida sería concluyente. Te daría certeza. El tipo de cosa que desearía el fundacionalista.

La verificación débil se conformaría con la probabilidad. Ahora bien, Ayer no tiene ningún problema en definir un principio de verificabilidad que admite la verificación indirecta, la verificación en principio, no necesariamente en la práctica, y la verificación débil, no la fuerte. Tengan esto en cuenta.

Es muy importante . Ahora bien, permítanme comentar sobre las reacciones que generó este principio de verificabilidad. Porque, en un par de décadas, tuvo que reformularse ante las críticas.

De hecho, algunas de estas distinciones, introducidas por Ayer, se introdujeron en respuesta a las críticas. Críticas a un criterio empírico demasiado estrecho. Y, finalmente, fue la crítica a este principio de verificabilidad la que condujo a la desaparición del positivismo lógico.

Ahora bien, una de las primeras críticas fue que las generalizaciones empíricas no son verificables ni siquiera en principio. Es decir, con una generalización, siempre hay más casos posibles que son inaccesibles.

De modo que cualquier afirmación sobre todos los miembros de una clase extensa, según el principio de verificabilidad, carecería de significado fáctico. Y la respuesta a esto fue afirmar que, bien, lo que necesitamos es un principio de falsabilidad. Es decir, una generalización empírica siempre es falsable en principio.

Si pudieras encontrar un solo ejemplo negativo, habrías refutado la generalización. Todos los cretenses son mentirosos. Ahora, encuentra a un cretense nativo que no lo sea.

Y falsificaste la afirmación general. Esto significa que simplemente quieres que una proposición, una afirmación supuestamente fáctica, sea susceptible de verificación o de falsificación. Verificabilidad o falsabilidad, o algo por el estilo, para que tenga referencia empírica.

Se podría decir, ¿por qué no insistir simplemente en la falsabilidad? Bueno, veré, la cuestión es que, si bien una generalización empírica no es verificable, sí lo es ; una afirmación singular sobre un caso particular es verificable, pero no siempre es falsable. Veré, existe tal o cual persona. No siempre es falsable.

¿Cómo sabes que no existe alguien con esa descripción que se esconde cada vez que lo buscas? Por lo tanto, necesitas tanto la verificabilidad como la falsabilidad. La segunda línea de crítica se relacionaba con el estatus del propio criterio de verificabilidad. El positivista nos dice que todos los enunciados son sintéticos o analíticos, fácticos o formales.

¿Cuál es el enunciado del principio de verificabilidad? ¿Es el principio de verificabilidad una afirmación fáctica? Ese es, en efecto, el significado del significado. ¿O es una afirmación formal? ¿Analítica ? Bueno, resulta evidente que la teoría de la verificabilidad no es una afirmación empírica susceptible de verificación o refutación mediante procedimientos empíricos. Tuve un profesor en la escuela de posgrado en los años cincuenta que, para ilustrar este punto, dijo que a lo largo de la historia, las personas han querido decir algo distinto con el significado.

Es decir, si esta fuera una descripción empírica del significado fáctico, que el único significado fáctico se refiere a objetos empíricos, a datos empíricos, entonces sería imposible que las personas encontraran significado en cosas que se refieren a otros tipos de entidades. Como, por supuesto, lo hacen. Platón consideraba muy significativo hablar de formas reales.

Los teólogos consideran muy significativo hablar de Dios. Y ninguna de estas afirmaciones es empíricamente accesible para fines de verificación. Por lo tanto, es claramente una afirmación objetivamente falsa o no es una afirmación objetiva.

Ahora, Ayer entendió el punto. Y se retracta de su afirmación de que se trata de una afirmación fáctica sobre el significado de las afirmaciones fácticas. Y sostiene, en cambio, que se trata de una estipulación metodológica.

En otras palabras, es una regla que el positivista adopta con fines metodológicos. Pues bien, si ese es el caso, y no se desea adoptarla, no es necesario. Y, en consecuencia, el principio de verificabilidad pierde su influencia en el discurso filosófico.

¿Lo ves? Si quieres ser empirista, si quieres ser positivista , este es un buen principio. Pero si no quieres ser positivista , entonces, obviamente, no tienes por qué adoptarlo. Y la tempestad empezó a amainar.

¿Lo ves? No es una definición. Es más bien un principio arbitrario. Que se suponga común a las ciencias empíricas no significa que sea aplicable a todas las afirmaciones fácticas.

Pero eso condujo a una tercera línea de crítica. Verán, el principio de verificabilidad se desarrolló asumiendo que era el principio operativo en las ciencias empíricas. Pero empezamos a ver avances en la filosofía de la ciencia que dejaron claro que las ciencias no son puramente empíricas.

Así que este ni siquiera es el principio aplicable a las ciencias empíricas. Ahora bien, se puede anticipar cuáles fueron esos desarrollos. Fueron los desarrollos que comenzaron a reconocer la subjetividad en las ciencias naturales.

Desarrollos que comenzaron a sentir la influencia de las cuadrículas a priori de Kant . La revolución copernicana en las ciencias naturales. Desarrollos que comenzaron a rechazar la excesiva simplicidad del método deductivo hipotético.

Permítanme mencionar tres o cuatro de ellos. Uno fue obra de un hombre llamado Norwood Hanson. Un libro suyo titulado "Patrones de Descubrimiento".

Hanson impartió clases de Historia y Filosofía de la Ciencia en Yale . Su investigación histórica lo llevó a la conclusión de que todas las observaciones están cargadas de teoría . Y no es necesario tener una comprensión muy sofisticada del método científico. para poder ver eso.

El científico no se queda mirando boquiabierto todos los datos posibles. El científico presenta una hipótesis de trabajo. De esta manera, la relevancia de sus datos relevantes se define por la hipótesis de trabajo.

Lo cual, a su vez, es sugerido por una teoría. En otras palabras, existen factores conceptuales antecedentes que determinan qué datos se tienen en cuenta . Observaciones basadas en la teoría.

El segundo ejemplo es uno con el que probablemente estés más familiarizado. Thomas Kuhn. Su trabajo sobre la estructura de las revoluciones científicas.

Publicado en la década de 1950. En él, basándose en sus estudios sobre la historia de la ciencia, comenzó a reconocer que la teoría forma parte de un paradigma conceptual mucho más amplio. Y que las revoluciones científicas ocurren cuando hay cambios de paradigma.

Cambios de una cosmología ptolemaica a una cosmología copernicana. Hay un cambio de paradigma. Su punto es que pueden darse períodos de aumento progresivo del conocimiento científico, acumulativamente, dentro de los paradigmas.

Y, dados los paradigmas, puede parecer que ciertas teorías que funcionan son verificables empíricamente. Aunque el paradigma las sugiere, cuando se produce un cambio de paradigma, se involucra un marco de explicación diferente.

Y el cambio de paradigma no se produce por el peso de la evidencia empírica. Se produce porque dentro de la comunidad científica se desarrolla, a menudo por razones no empíricas, una insatisfacción con el paradigma existente. Este puede carecer de poder explicativo.

Puede carecer de coherencia. Puede resultar innecesariamente complicado y optar por uno más simplista. Y así sucesivamente.

Así, Thomas Kuhn rechaza el dominio de un empirismo puramente objetivo sobre la ciencia. El tercer ejemplo es Michael Polanyi, filósofo polaco de la ciencia que impartía clases en Gran Bretaña.

Michael Polanyi desarrolló su obra en dos libros importantes: uno titulado La dimensión tácita y el otro, Conocimiento personal.

Ahora bien, en ambos casos, los títulos son bastante reveladores. La Dimensión Tácita deja claro que existen diversos aspectos tácitos del conocimiento humano que no se explican mediante la investigación empírica. En la percepción cotidiana, tenemos visión periférica.

En lo que no piensas particularmente. Hasta que alguien dice algo que te lo trae a la mente. Así que, al mirar hacia aquí, me doy cuenta, aunque sea de reojo, de que David sigue aquí.

Siempre existe ese tipo de conciencia periférica. No solo visual, sino mental. Parte del contexto más amplio de la gestalt que observamos.

De modo que el estudio empírico objetivo y enfocado solo cuenta una parte de la historia. En su trabajo sobre el conocimiento personal, habla de la dimensión personal del conocimiento. Esto afecta la motivación, la elección del tema de investigación, la selectividad, etc.

En algún momento, si quieres comprobar por ti mismo la idea de que la ciencia es siempre puramente objetiva y despersonal, pregúntale a un científico por qué se dedica a la ciencia. Lo hice una vez con un amigo químico. ¿Y por qué la química? ¿Y

por qué ese interés investigador que tienes en la química? Y mientras tanto, recibes juicios estéticos o de valor como respuesta a la pregunta.

Es decir, la dimensión personal está siempre presente. Por eso el progreso científico es impredecible. Porque nunca sabemos cuál puede ser la dimensión personal o, en realidad, la dimensión socioeconómica que impulsa ciertas investigaciones científicas.

Así que tengan presente a Polanyi. Y luego, más recientemente, tenemos a Feyerabend, quien adopta una interpretación convencionalista de la ciencia. Es decir, las teorías científicas son simplemente formas convencionales que los científicos tienen de hablar sobre las cosas.

Un convencionalismo completamente relativista. La ciencia no nos habla de la realidad. Esto es antirrealismo en la ciencia.

Ahora bien, con los desarrollos que comenzaron en la década de 1940 y continuaron hasta la de 1960, se empieza a rechazar la idea de que toda explicación científica es puramente objetiva, una explicación empírica en términos de leyes generales y generalizaciones empíricas. Que el conocimiento científico siempre se verifica empíricamente, o al menos, en principio, es verificable. Esto simplemente no parece ser así.

Y así, toda la tesis del científicismo empieza a derrumbarse. Esto es posmodernismo en filosofía de la ciencia. Ahora bien, hay una cuarta objeción que leerán en Stumpf.

Cuando les presente, es posible que ya hayan leído, espero, a W. V. O. Quine, el filósofo de Harvard, cuyo famoso ensayo sobre los dos dogmas del empirismo marcó un hito en la desaparición del positivismo lógico. Uno de ellos es el reduccionismo.

Reduccionismo. El intento de reducir todo el conocimiento a generalizaciones empíricas. El principio de verificabilidad es reduccionista en ese sentido.

Intenta reducir todas las afirmaciones fácticas a afirmaciones empíricamente verificables. Reduccionismo. Y lo rechaza porque considera que las observaciones están cargadas de teoría y no son puramente objetivas y neutrales respecto de ella.

El segundo dogma del empirismo es lo que él llama la dicotomía analítico-sintética. Y, claramente, el principio de verificabilidad se basa en la idea de que algunos enunciados son sintéticos, otros analíticos, y nunca se encuentran. Se trata de categorías distintas.

Una dicotomía. Dos tipos diferentes, lógicamente, de proposiciones. Y lo que Quine hace es argumentar que esa dicotomía se desmorona.

Es una cuestión de grado, dependiendo del contexto. Así que, por ejemplo, si tomamos —y este no es su ejemplo— la afirmación «Dios es bueno», esa afirmación podría parecer, a primera vista, una afirmación factual, que los positivistas desearían que fuera empíricamente accesible. Como no lo es, Ayer la descartaría.

No es realmente una afirmación fáctica. Pero, en el contexto del discurso judeocristiano, ¿pretende ser una afirmación empírica de tipo fáctico? ¿No es más bien una afirmación analítica, desde un punto de vista teológico? El significado mismo del término «Dios», no solo en la tradición judeocristiana, sino también en la platónica, es que Dios es el bien. Por lo tanto, decir que Dios es bueno, en ese contexto, es una afirmación analítica.

Ahora bien, ¿cuál es? Bueno, puede funcionar de ambas maneras, en diferentes contextos. Si se trata de un empirista puro que piensa que la palabra «Dios» carece de tal significado, podría parecer una afirmación neutral y objetiva. Pero si la palabra «Dios» tiene algún significado, en cualquier religión importante, es en términos de Dios como el bien.

Así pues, lo que Quine hace es reconocer este tipo de cosas, en una gran variedad de casos, y rechazar la dicotomía. Más bien, ve el conocimiento humano no como una colección de proposiciones aislables, que interconectamos dentro de un sistema deductivo, al estilo de Bertrand Russell. No es eso.

El conocimiento no debe modelarse según un sistema deductivo. El conocimiento es, más bien, una red de creencias. Ahora bien, la diferencia radica, por supuesto, en que un sistema deductivo se mueve con una precisión casi militar, de una proposición a otra, y de ahí a abajo.

Deducción lógica. Mientras que una red de creencias sería una red de proposiciones que se apoyan mutuamente, entrelazadas de diversas maneras y que no son estrictamente formulables en sistemas deductivos, es una red de hipótesis interrelacionadas que construimos.

Es decir, el conjunto de conocimientos que poseemos se caracteriza por la coherencia. Coherencia en el sentido de que está unificado, se mantiene unido. Coherencia en el sentido de que es autoconsistente y se sustenta internamente.

Pero se trata de una visión falibilista, ya que, debido a la naturaleza paradigmática del pensamiento, podríamos estar trabajando con un paradigma algo erróneo. De modo que el patrón general de interrelaciones podría ser algo diferente de lo que creemos. Además del falibilismo y la coherencia, que proporcionan cierta justificación, ofrece una justificación pragmática para la red de creencias.

Pensar así funciona. Y creo que su fundamento para la justificación pragmática proviene de las ciencias. Es decir, se adopta un patrón de hipótesis científicas y se considera probablemente correcto porque es fértil y fructífero, pues permite proponer nuevas hipótesis, establecer programas de investigación y realizar investigaciones.

Abre el camino a nuevas ideas. Por lo tanto, tiene un valor pragmático. Si se rechaza la dicotomía analítico-sintética, resulta bastante evidente que todo el esquema positivista comienza a desmoronarse.

Ahora bien, la última crítica que quiero destacar proviene del propio Wittgenstein. Wittgenstein, quien en su obra anterior, el *Tractatus*, había sido esencialmente un atomista lógico al estilo de Russell y, al parecer, una persona que defendía la verificabilidad. En 1945, publicó su segunda obra importante, las *Investigaciones filosóficas*.

Así que, cuando hablamos del último Wittgenstein, nos referimos a esta obra: las *Investigaciones Filosóficas*. Critica el positivismo de su obra anterior de diversas maneras.

Una es que la teoría de la imagen del significado, como él la llamó, es decir, la teoría de la verificabilidad, carece de un significado claro. Parece que la teoría de la verificabilidad no tiene sentido. Es la misma crítica.

Lo reconoce. Sin embargo, añade la queja de que la insistencia en un lenguaje lógico ideal —recuerden que distinguimos entre la filosofía del lenguaje ideal y la filosofía del lenguaje ordinario—, la insistencia en un lenguaje lógico ideal como el que Russell había deseado, donde las proposiciones atómicas se refieren a hechos atómicos, es demasiado artificial. Demasiado artificial.

Es artificial porque el lenguaje simplemente no encaja en ese estrecho molde reduccionista. Verás, haciendo eco de la misma crítica que Quine. El lenguaje no encaja en ese molde más estrecho.

En cambio, al observar el uso del lenguaje cotidiano, la forma en que lo usa la gente común, incluso los científicos cuando no hablan científicamente, en jerga científica, observamos que es mucho más variado. Mucho más variado que simplemente cognitivo o no cognitivo. Si es cognitivo, es factual o formal.

Mucho más variado que eso. Y el uso del lenguaje ordinario, después de todo, se ha desarrollado a lo largo de siglos de ensayo y error y depuración; ha demostrado su eficacia a lo largo de los siglos. Así que lo que hace es hablar; en lugar de que exista una multiplicidad de juegos lingüísticos, formas de usar el lenguaje.

Tal como ilustré ahora el punto de Quine con la frase, con la cláusula «Dios es bueno», que aparentemente podría interpretarse como una afirmación sintética o analítica. Así que podrían reconocer que la afirmación «Dios es bueno» se usa en cierto contexto pastoral. Es decir, por un pastor que intenta consolar a una viuda afligida.

La afirmación utilizada en ese contexto cumple una función que va más allá de simplemente decir algo factual, objetivo y científico. O, por otro lado, ofrecer una definición o una tautología. El lenguaje pretende cumplir una función, iba a decir, de tipo social, pastoral.

Ya verás. Diversidad de juegos de lenguaje. Porque hay diversidad de formas de vida.

Es decir, los juegos que practicamos en nuestra vida. ¿Qué hacemos en la vida? Y el tipo de análisis que buscamos es, entonces, un análisis funcional, no un análisis lógico. Un análisis no de la lógica del lenguaje que impone nuestras estrechas reglas positivistas, sino de las funciones reales que el lenguaje cumple en el discurso cotidiano.

Se podría decir que es como si Wittgenstein hubiera pasado de ser matemático y científico a ser un amante de las humanidades. Como si hubiera estado leyendo literatura durante su ausencia. Ya lo verás.

La diversidad de juegos lingüísticos. Y es esta ampliación del horizonte a otras formas de usar el lenguaje, más allá de las meramente empíricas o analíticas, lo que finalmente parece haber revolucionado la filosofía inglesa. De modo que, a mediados de los años cincuenta, creo que es justo decirlo, la filosofía del lenguaje ordinario era la corriente dominante en las universidades británicas.

El positivismo teológico se había producido quince años antes. ¿Qué había sucedido entretanto? Bueno, estas reacciones filosóficas. Y además, la Segunda Guerra Mundial.

Y no creo que sea absurdo que la civilización occidental no haya podido superar el trauma de la Segunda Guerra Mundial sin descubrir lo débil que es, en términos de significado, el análisis positivista del lenguaje. Ya lo verán. Y, en consecuencia, las expectativas cada vez más amplias.

Ahora bien, una de las influencias adicionales en ese cambio se hará evidente al leer a AJ Ayer. Tengo aquí un par de páginas de su autobiografía donde él indica esta influencia adicional. Permítanme leer un par de párrafos.

Por cierto, me fascinó leer su autobiografía hace unos años, porque resultó que había trabajado en el contraespionaje británico durante la Segunda Guerra Mundial.

Primero , en la Francia ocupada por Alemania, y luego, en descifrar los códigos alemanes en una de las primeras bases analíticas informáticas de las Bermudas. Lo que me fascinó fue que yo también estaba en las Bermudas como técnico de radio en la Fuerza Aérea.

Un día nos enviaron de Kinley Field a Hamilton Harbour, a una isla en Hamilton Harbour, para realizar el mantenimiento de un equipo. Nos dijeron que podíamos establecer nuestro cuartel general en un hotel que los militares habían tomado en la costa y comer allí, lo cual hicimos. Curiosamente, había muchos civiles allí que, según pensamos, eran simplemente civiles que los militares habían llevado a trabajar en un proyecto secreto donde realizábamos el mantenimiento de equipo.

Por lo que sé, AJ Eyre fue uno de ellos, porque fue en ese preciso momento que él estuvo allí. Yo también. Así que me fascinó leer su autobiografía porque nos cruzamos como barcos en la noche o como botes en el puerto de Hamilton. Dice esto sobre cómo se escribió el libro.

Empecé a escribir el libro de inmediato y lo terminé en 18 meses, trabajando en él casi sin interrupción, salvo por los intervalos de clase. Simplemente no puedo imaginarlo. He escrito todos mis otros libros a mano , pero este lo escribí torpemente con dos dedos.

Eso me da valor. Pero al final, estoy produciendo un guion útil. Salvo que el primer capítulo fue adaptado de un artículo de la revista Mind.

No hice un borrador preliminar, sino que escribí despacio para evitar correcciones. Estaba satisfecho y me sentí alentado por estas personas; me conformaba con que un día de trabajo me diera una página de 300 palabras. De acuerdo.

Y calculo que si en una jornada de ocho horas puedo escribir diez páginas, lo estoy haciendo bien. Él se quedó con una página, 300 palabras. Si hubiera podido lograrlo todos los días, habría terminado el libro en poco más de medio año en lugar de año y medio.

Como solo tenía 60.000 palabras, algunos se preguntaban sobre su extensión al llegar. Tantas palabras por tan poco dinero. Ojalá pudiera lograrlo todos los días, pero a menudo me frenaba, no tanto por no saber qué decir, aunque a veces ocurría, sino por no saber cómo decirlo con eficacia.

Escribía con pasión, pero también me esforzaba por dejar claro mi mensaje. Bueno, este esfuerzo no fue en vano. ¿Cuáles son sus desventajas? El libro no cayó en el olvido.

Más bien podría ser acusado de sacrificar la profundidad en aras de la claridad. Salvo algunos detalles, las ideas que expresaba no eran originales. Ahora bien, eran una mezcla del positivismo del Círculo de Viena, que también atribuí a Wittgenstein.

Además del empirismo reductivo, que había tomado de Hume y Russell. Bueno, no hay sorpresas. Además, fíjense en esto: el enfoque analítico de GE Moore y sus discípulos.

Ahora bien, ¿qué recuerdas de GE Moore? Pues era realista, no un fenomenalista. Bueno, eso no influye en Ayer. Sigue siendo un fenomenalista.

Pero le interesaba el análisis conceptual más que el estrictamente lógico. Sí, y será difícil encontrar en el libro de Ayer el tipo de atomismo lógico que encontramos en Russell y Wittgenstein. Es un tipo de análisis perdedor.

Pero a esto hay que añadir que Moore, si bien es un analista conceptual, sigue siendo un empirista que constantemente distingue entre enunciados analíticos y sintéticos como si fueran categorías exhaustivas. Recordemos su argumento en su refutación del idealismo sobre la afirmación «ser es ser percibido». Así pues, la influencia de Moore al menos humaniza el lenguaje y el enfoque.

Y aquellos con un toque de pragmatismo añadido de C.I. Lewis. C.I. Lewis, un pragmático estadounidense de los años 30 y 40. Pragmatismo.

Sí, para fines pragmáticos, basta con un fenomenalista para contar. Lo encontrarás diciendo ese tipo de cosas. Bueno, continúa, comencé con un ensayo sumario y la ejecución de la metafísica, usando el principio de verificación como axioma.

Argumentando entonces que si la filosofía hubiera de hacer alguna contribución independiente al conocimiento, esta solo podría consistir en la práctica del análisis. La filosofía, su única función, es el análisis. El análisis del significado del lenguaje para aclarar enigmas y confusiones en la filosofía tradicional, particularmente en la metafísica.

Así que, en sus propias palabras, esa fue la dirección que tomó. Bueno, ¿alguna pregunta o comentario? La próxima vez, comentaremos sobre la IA. Bueno, tú sobreviviste, y mi voz sobrevivió.

Bueno, supongo que lo daremos por terminado por hoy.